

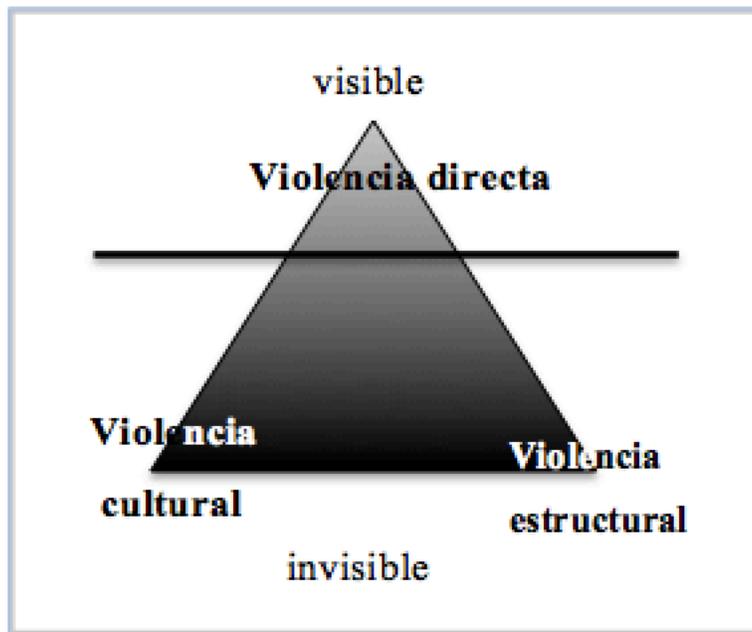
2. Repensar la paz y la violencia

Como hemos reflexionado, la consideración del *sentido común* desde la perspectiva ética, permite por un lado valorar esta categoría en su capacidad de imbricar y engarzar al individuo con la comunidad y por otro asumirla como un elemento básico y central de las reflexiones sobre lo humano. De ahí que repensar la paz y la violencia, desde este sentido comunal, se convierta en una tarea impostergable ante un contexto social deshumanizante en donde se ha subestimado esta capacidad de discernir y obrar en defensa de aquello que nos vincula con los otros. El ingenio y la imaginación como aptitudes ligadas a este sentido común, permiten considerar la existencia de una racionalidad abierta y fresca, capaz de poner en tela de juicio aquellos paradigmas -que a través de la historia- han obstaculizado la construcción de razones y sentidos compartidos para considerar a la paz como un proyecto viable.

La idea tan aceptada de que la violencia es parte de la esencia humana, ha minado la creatividad ya que nos ha llevado a considerar a la crueldad como una determinación estrictamente natural en lugar de un condicionamiento culturalmente aprendido para enfrentar – sin imaginación - los conflictos. Por ello si queremos transformar culturas violentas y cultivar culturas de paz, es preciso cuestionar–desde el sentido común- la forma en la que hemos venido pensando en torno al tema. Por ello en este breve apartado te presentaremos distinciones básicas, que han surgido luego de renovadas reflexiones en torno a la violencia y a la paz.

Sobre la violencia. Luego de extensos estudios antropológicos comparados, los expertos en temas de paz han concluido que la violencia no es un asunto estrictamente natural, sino una forma aprendida para abordar las contrariedades. Por ello puede entenderse como un acto libre que impone como “solución” al conflicto, una operación que excluye y suprime todo a su paso: otras posibilidades, otras voces y otros seres humanos. Se ejerce desde el poder de manera visible o invisible y puede manifestarse en cualquier esfera de nuestra existencia: en lo físico, económico, psicológico, etc. (Fisas, 1998). Johan Galtung, uno de los más reconocidos especialistas en temas de paz, sostiene que la violencia es la negación del potencial para que lo humano se despliegue (Calderón, 2009). Tal negación generalmente está asociada a la fuerza física y al poder, pero es claro que existen otro tipo de omisiones y silencios que niegan el derecho a ese desarrollo. Para Galtung la violencia tiene una triple dimensión: la directa, la estructural y la cultural. Cada elemento de la tríada se interrelaciona y fortalece. Por ello el sociólogo noruego representa este fenómeno con la metáfora del “triángulo de la violencia” (figura 2.1) En la parte superior de la figura se coloca –como síntoma visible– la violencia directa, comportamiento manifiesto y evidente del daño generalmente físico y psicológico que se puede ejercer en contra de un individuo o colectivo. La violencia estructural por su parte, representada en el ángulo derecho inferior, no es visible porque subsiste en los sistemas sociales por medio de los cuales se institucionaliza la negación de necesidades, libertades y derechos humanos. Tanto la violencia directa como la estructural existen y se sostienen gracias a que la violencia cultural se encarga de construir justificaciones a través de una infinidad de medios

culturales y simbólicos que legitiman la crueldad y que inhiben la defensa de las víctimas. Si bien la violencia puede iniciar en cualquier ángulo del triángulo, es común que se gesten en la cultura, se institucionalice en la estructura y se manifieste en el comportamiento directo.



(figura 2.1)

Las consecuencias de la violencia –el daño en los sujetos– se manifiesta en la descomposición social caracterizada por la desconfianza, el miedo y el resentimiento que viven nuestras sociedades contemporáneas. Emociones desde las cuales es complicado reconocer la existencia del sentido que implica la defensa del bien común y de los derechos compartidos como humanidad. De ahí que sea tan importante estudiar cómo romper el ciclo de la crueldad y cultivar la paz.

Sobre la paz. Considerando las anteriores distinciones sobre la violencia, se puede deducir que la paz es un proyecto viable, en tanto aumentemos nuestro sentido crítico para descubrir cómo el triángulo de la violencia opera en nuestra vida y ante ello nos comprometamos a transformarlo por medio del diseño consciente de intervenciones pacíficas.

Para transitar por este proyecto humanizante, Galtung desarrolla evolutivamente otra tríada: *la paz negativa*, que implica la ausencia de la violencia directa; *la paz positiva*, que intenta ir más allá – buscando lo que sí es la paz- trabajando en la transformación positiva de las condiciones violentas y fomentando la satisfacción de necesidades básicas y construcción de capacidades humanas; finalmente *la paz cultural* que busca contrarrestar las justificaciones que legitiman la existencia de la violencia directa y estructural, “justificaciones basadas en leyes, religiones, ideologías, lenguaje, banderas, himnos, publicidad, etc.” (Comins, M. & Martinez, 2010, p. 56)

El mismo autor noruego, establece que para poder asumir positivamente las contradicciones es indispensable la empatía, la creatividad y la no-violencia. La empatía suaviza las actitudes, la no-violencia los comportamientos y la creatividad supera las contrariedades. Lo anterior es indispensable ya que si quiere superarse la violencia, los actores deben tener cierto nivel de reconocimiento de los oponentes para un diálogo constructivo. Lo anterior justifica la necesidad de fomentar proyectos educativos que vayan construyendo culturas donde no se exalte la violencia y en cambio se fomente la construcción del sentido de lo común, como terreno fértil para cultivar la paz.

Las investigaciones contemporáneas en torno al tema, han derivado en definiciones más complejas e incluyentes. Por un lado se tiende a hablar de una *paz imperfecta*, reconociendo que la falibilidad es parte de lo humano y que cultivar la paz será un arte no carente de paradojas. Por otro lado se ha reconocido el riesgo latente de imponer un modelo único de paz para el mundo (circunstancia que implicaría una contradicción epistémica pues sería en sí mismo un acto violento). Por ello, reconociendo que existen voces que históricamente han quedado fuera de la construcción del concepto, se propone hablar de culturas de paz, o culturas para hacer las paces.

De esta manera, las culturas para hacer las paces pueden enseñarnos formas concretas para cultivar una paz –no perfecta- pero viable que emerja y fomente el sentido de lo común entre los hombres.